

nar con ojo crítico tales intervenciones» [...], «en la práctica se trata en realidad de una guerra de algunos contra algunos, dándose la circunstancia de que, por lo general, uno u otro bando disfruta del respaldo de un Estado —cuando no es, simplemente, el propio Estado el que entra en combate»¹¹.

Equilibrio de poder y expansión imperial

Cuando se habla de Occidente, no sólo se está aludiendo a una idea más o menos confusa, no sólo se habla de una abstracción, sino que se está refiriendo (al menos por pasiva y desde un sentido político amplio) a un sistema interestatal detrás del cual se mantienen unas alianzas políticas. Estados fuertes y semifuertes que, dentro de ese sistema de Estados, han tendido en todo momento a establecer alianzas de forma que ninguno de ellos pudiera dominar a todos los demás. Que este equilibrio de poder se mantenía gracias a algo más que una mera ideología política es algo que podemos observar en los tres casos en que uno de los Estados fuertes consiguió una hegemonía temporal sobre los demás¹². «Los tres casos son: la hegemonía de las Provincias Unidas (Países Bajos) a mitad del siglo XVII, la de Gran Bretaña a mediados del XIX, y la de EEUU a mitad del siglo XX. En los tres casos cada una de las hegemonías quedó sellada por una guerra mundial, una lucha masiva, en tierra, sumamente destructiva, intermitente, de treinta años de duración, en la que intervinieron todas las potencias militares importantes de la época»¹³. Wallerstein está aludiendo aquí a los Estados modernos y los actuales (recordemos que Maquiavelo publicó *El príncipe* en 1513; que por cierto la Iglesia Católica puso desde 1559, junto con el resto de sus obras, en el *Índice*)¹⁴.

Sin embargo, señala Wallerstein, la base de la victoria no fue militar, sino de carácter económico: la capacidad de los acumuladores de capital, situados en un Estado concreto, de competir con ventaja con todos los demás en las tres principales esferas económicas: la producción agroindustrial, el comercio y las finanzas.

¹¹ Cita textual de Michael Walzer en el artículo reseñado en la nota 2.

¹² Véase *El capitalismo histórico, la versión castellana del libro de Immanuel Wallerstein, Siglo XXI, Madrid, 1988*.

¹³ «Estas luchas fueron respectivamente la guerra de los Treinta Años (1618-48), las guerras napoleónicas (1792-1815) y el periodo 1914-45, que debería ser concebido como una larga y única guerra mundial». *Ibid*, pp.49 y ss.

¹⁴ Lo dice Giuliano Procacci, en su introducción al libro *El príncipe, de Nicolás Maquiavelo, versión castellana de Espasa Calpe, 24ª edición Madrid 1994 (traducido por Eli Leonetti Jungl)*.

La guerras entran cada vez más a formar parte de la cultura desde la expansión imperial: pongamos el hito de la Conferencia de Berlín (1884-85)¹⁵. Entre las importantes disposiciones del Acta de Berlín había una que obligaba a las potencias que adquirieran un nuevo territorio en África o asumieran un protectorado sobre cualquier parte del continente, a notificarlo al resto de las potencias signatarias.

«Me apoderaría de los planetas si pudiera»¹⁶, decía Cecil Rhodes (1853-1902), colonialista y financiero británico, uno de los principales promotores del dominio del Reino Unido en Sudáfrica, cuyo logro mayor entre 1873 y 1881 fue la unión de un gran número de demandas de minas de diamantes para formar De Beers Mining Company, la cual pasó desde entonces a controlar. Es esta una sentencia reveladora acerca de ese nuevo cuerpo político que se iba formando desde que Maquiavelo escribiese *El príncipe* y Thomas Hobbes escribiese 128 años después su *Leviathan o la esencia, forma y poder de una comunidad eclesiástica y civil* (1651). Resulta significativo que los modernos creyentes en el poder estén de acuerdo con la filosofía del único gran pensador que «trató de derivar el bien público del interés privado y que, en bien del interés particular, concibió y esbozó una Comunidad, cuya base y cuyo fin último es la acumulación de poder»¹⁷. Y es que el proceso ilimitado de acumulación de capital necesitaba, ya entonces, la estructura política de un poder tan ilimitado que pudiera proteger a la propiedad creciente, tornándose cada vez más poderoso. Como comenta Hannah Arendt, Rhodes y Jameson (otro gobernador local de África del Sur que dirigió la denominada «Incursión Jameson» en la región sudafricana del Transvaal en 1895) eran dueños absolutos de un territorio tres veces mayor que Inglaterra.

Llegados a tal concentración de la propiedad, parece obligado preguntarse ¿qué es la patria? Pero al ser esta idea muy usada para infinidad de guerras, movilizaciones, revoluciones y matanzas, quizá no sea prudente más que resumir lo esencial del debate sin pronunciarse. Patria es la idea que relaciona estrechamente la cultura y la guerra. Pero es solamente en el origen donde patria coincide con nación, y todavía en cuanto a nación corresponde a un concepto cultural donde resaltan los elementos intelectuales; la patria se asienta más en elementos de afectividad, en cuanto aquella realza el aspecto personal, la idea de una comunidad transtemporal, la patria sigue

¹⁵ Allí fue donde las potencias definieron sus zonas de influencia y establecieron reglas con vistas a la futura ocupación de la costa de África y para ordenar la navegación en los ríos Congo y Níger.

¹⁶ Hannah Arendt: Los orígenes del totalitarismo, (tres vols.) de Alianza Universidad, Madrid 1987.

¹⁷ *Ibid* Vol II, «Imperialismo», p.226.

tendiendo a identificarse con esa tierra y suelo de los países. Entonces, ¿dónde está la patria de los pueblos en la diáspora, o la de a quienes les fueron arrebatadas sus tierras y sus posesiones? Puede que el engaño comience en invocar al padre (la autoridad), pero en género femenino (patria), al querer aludir a las raíces y la tierra, cuando todo parece indicar que, desde luego, principalmente se alude al patrimonio en su acepción contable.

La cultura es una creación colectiva, ese espíritu especial que nutre sus raíces en la lengua y en la tradición de cada pueblo. Parece que las raíces son necesarias para florecer y por tanto las culturas no son fungibles ni sustituibles; cada cual tiene su centro de gravedad específico, incomparable al de las demás e intraducible. Por eso precisamente, por no tener nada que ver con su sentido originario, el uso institucional de «cultura» está pervertido.

La cultura y los antropólogos: globalización y asimilación cultural

La confusión está servida en la época de la globalización en los intercambios financieros y la propaganda de masas. Las fusiones de las grandes empresas transnacionales se multiplican, pues así generan cantidades millonarias de dinero financiero (dinero que no es más que un pasivo o deuda, sin soporte físico alguno, para las entidades que lo emiten). La capacidad de comprar el mundo (sobre todo el de las afueras del desarrollo) de las empresas transnacionales crece así, con el crédito que el mundo mismo (las personas) les ofrece. Esa es la economía inmaterial o financiera, que representa casi el 95% de las cifras que por ahí bailan y embotan la cabeza de algunos. El resto, un 5%, es la economía real. Las caídas fulminantes de las bolsas son, en este sentido, significativas de lo que está ocurriendo¹⁸.

Existe una relación cada vez más estrecha entre esta desafortunada creación de dinero financiero y concentración de la propiedad en pocas manos (manos invisibles, multinacionales), con el flujo provocado y desmesurado de emigrantes dispuestos a ir donde se les diga (serán utilizados por el Estado para quebrar los derechos sociopolíticos en otros países) que acabará

¹⁸ El 25/3/92 un empleado de Salomón Brothers, se equivocó al leer un informe, y apretó una tecla por la cual en vez de vender 11 millones de dólares en acciones a favor de un cliente, se vendieron 11 millones de dólares de la cartera de un cliente (eran más de 100 millones de dólares de patrimonio). Esta venta fue suficiente para causar la caída del Dow Jones 16 puntos en un día.

completando la aglomeración de casi el 80 % de la población mundial en megalópolis. Y en las megalópolis, ya se sabe: el consiguiente aislamiento de los individuos y la proliferación de medios de masas.

Este panorama se refleja en la crisis existencial de la corriente norteamericana de antropólogos posmodernos, que comenta Adam Kuper en su libro. En él trata del decurso de la antropología americana desde que las primeras experiencias europeas y los estudios de campo basados en la vida y cultura de otras civilizaciones distintas evidentemente a la de la tradición occidental de la Ilustración. Desde los primeros etnólogos, precisamente en la época de expansión imperial de las potencias europeas a principios del siglo XIX, y padres de la antropología moderna (como Tylor Franz Boas); hasta la estela dejada por Talcott Parsons, el sociólogo más influyente en EEUU en el siglo XX. En el transcurso de los siglos XIX y XX han ocurrido muchas convulsiones políticas nacidas a raíz de la concentración de poder propiciado y requerido por el desarrollo del sistema mundial capitalista, con todos sus mitos, hijos ideológicos y variantes históricas incluidas. Cuando Europa se quedó pequeña para los grandes Estados imperiales, y una vez descubiertos y conquistados otros continentes, el patrimonio arrebatado, como botín de guerra o resultado del dominio comercial (a menudo las dos cosas juntas) puso en contacto, por fuerza, a la civilización de la Ilustración con otras etnias y culturas. En muchas ocasiones las propias conquistas políticas y comerciales requerían conocimientos político-sociales de esos pueblos. Obviamente los conocimientos y hallazgos procedentes de los estudios que se han llevado a cabo, han servido tarde o temprano para un poder u otro y han revertido en la acumulación de más poder y mayor concentración aún de patrimonio. Vista así resulta obvia la crisis de identidad de la antropología.

La industria cultural ha desatado, a lo largo del siglo XX, un proceso de fabricación de estados de opinión (ideológicos), de consumo y producción en serie en la gente, que ha sido y sigue siendo asimilada a una velocidad espantosa. Es el ritmo de la «integración» cultural: la individualización y la descomposición social se aceleran al ritmo de la acumulación de capital. Muchas de las diferencias culturales antaño existentes entre los pueblos y países parecen concluir en el fenómeno de la uniformación social, de la alienación y la anomia. El resultado es la indiferencia y el malestar crecientes. El fenómeno es contemplado unas veces impasible y otras impotentemente por aquéllos a quienes, aún sufriendo dicho proceso, no se les puede poner orejeras ni anteojeras pero se sienten sutilmente maniatados: la doctrina de pensamiento unidimensional, que crece virulentamente. Y esta turbulencia no es en absoluto pasajera.